

## SOBRE DIOS

## CAPÍTULO 1.º

Acerca de Dios el hombre mortal puede saber sólo en la medida en que Aquél, o por sus palabras o por sus obras, quiera revelársele: ir más allá con el sólo recurso de su pensamiento ni le está permitido según el orden natural, ni es lícito según las leyes de la religión. Los mismos oráculos divinos nos aleccionan sobre esto: **No podrás ver mi rostro —dice— porque nadie puede ver mi rostro y vivir. He aquí que hay un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y sucederá que al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Después apartaré mi mano y verás mis espaldas; pero no se verá mi rostro** (Éx 33,20-23). Así, pues, aquella primera gloria de infinita y eterna bondad y benignidad, que da a conocer su designio y voluntad de crear el orbe y todas las cosas visibles e invisibles, sale al encuentro de quienes ven sus espaldas. Pues está escrito que, *en el principio, creó Dios el cielo y la tierra* (cf. Gén 1,1): su obra creadora, excelsa y nunca suficientemente admirada —además de su sabiduría suma— prueba y engrandece también su poder infinito; como está escrito: **Dios, Dios mío, ¡qué grande eres!; te has vestido de gloria y de esplendor; tú eres el que se cubre de luz como vestidura**, etc. (Sal 104,1-2). Después, la muerte de los primeros hombres viene a ser demostración de que una providencia infinita se ocuparía de preservar las cosas que habían sido creadas, y de que con firmeza y seguridad sumas aquellas palabras y decretos habrían de cumplirse. Los hombres aprendieron, para gran peligro suyo, cuánto poder tenían las palabras y decretos divinos: **El día —dice— en que comieres de él, ciertamente morirás** (Gén 2,17). Los que comieron, pues, experimentaron la verdad y firmeza de la sentencia de Dios: **Y se les abrieron los ojos y conocieron que estaban desnudos** (Gén 3,7). ¿Quién les enseñó que estaban desnudos, sino el haber comido del árbol del que Dios les había prohibido comer?. Sin embargo, junto a esta firmeza en el hablar y decretar divinos, el decreto de reintegrar al hombre caído a su condición primera y de reinstaurar las cosas, casi abolidas por el diluvio, pone de manifiesto cierta disposición y voluntad propensa a seguir ofreciendo el don de la salvación: **Y pondré —dice— enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y su simiente; él te aplastará la cabeza** (Gén 3,15). Y también: **Pero estableceré mi pacto contigo; y entrarás en el arca tú, y contigo tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos; de todo ser viviente, de toda carne, meterás en el arca dos de cada especie, para que sobrevivan contigo** (Gén 6,18). Y el siguiente ejemplo —junto con otros muchos que cabría poner—, enseña con toda claridad que la justicia y la severidad con que Dios juzga no están al mismo nivel que sus sentimientos de misericordia, y que su primera y decidida voluntad misericordiosa viene irritada y soliviantada no por un deseo voluntario suyo, sino a causa de quienes se hicieron reos de penas: **Viendo Dios que la maldad del hombre era mucha en la tierra, y que el pensamiento de su corazón tendía continuamente al mal, lamentó haber hecho al hombre en la tierra** (Gén 6,5-6). Y, precaviendo el futuro y *profundamente dolido en su corazón* (cf. Gén 6,6), pronunció aquella sentencia: **Borraré de la faz de la tierra al hombre que he creado**, etc. (Gén 6,7).

Escrito está que *estaba dolido en el corazón*; por tanto, no se trata de un impulso espontáneo, sino que, puesto que la insolencia de los crímenes lo había provocado, como juez severo tenía que actuar. Pues ninguna fuerza, proyecto o intento humano podrían detenerlo o retrasarlo en la salvaguarda de su dignidad, decretos y autoridad: **He aquí —dice— son un solo pueblo y todos ellos tienen la misma lengua; y esto es lo que han comenzado a hacer, y ahora nada de lo que se propongan hacer les será imposible; vamos, bajemos y allí confundamos su lengua, para que nadie entienda el lenguaje del otro; así los dispersó el Señor desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad** (Gén 11,6-8). Y, aunque las gentes —dispersadas y divididas en distintas facciones, lenguas, grupos y banderías— desconocieran a Dios en su propio nombre y en la definición de su grandeza, sin embargo, en su título de príncipe supremo de las cosas y gobernador del mundo, pudo ser del todo conocido, no sólo por los que consultaron los oráculos, sino también por aquellos otros, a quienes la

contemplación de la naturaleza, donde claramente se puede leer, les hizo volver los ojos hacia Él. Como lo conoció y anunció el rey y sacerdote de Salem, Melquisedec: **Bendito sea Abram del Dios Altísimo, que creó el cielo y la tierra; y bendito el Dios Altísimo**, etc.(Gén 14,19-20). A los que le adoran Él mismo reveló también su omnipotencia y voluntad de favorecerlos: **Yo soy el Dios Todopoderoso; camina delante de mí y sé perfecto, y estableceré mi pacto contigo** (Gén 17,1-2). Más aún, cuando se le suplica con rectitud y sinceridad, suele conceder —e incluso regalar— todavía más de lo que se pide o desea. En efecto, dijo Abrahán a Dios: **¡Ojalá Ismael viva delante de ti!; pero Dios dijo: no, sino que Sara, tu mujer, te dará un hijo, y le pondrás el nombre de Isaac; y estableceré mi pacto con él, pacto perpetuo para su descendencia después de él; y en cuanto a Ismael, te he oído; he aquí, yo lo bendeciré y lo haré fecundo y lo multiplicaré en gran manera**, etc.(Gén 17,18). Y, además, ningún hecho o pensamiento humano pueden escapársele, como el que se escondía en la mente y palabras de Sara, al tiempo que reía para sus adentros (cf. Gén 18,12). Tan benigno y familiar sabemos que se muestra a los que le adoran que, compartiendo con ellos, por propia iniciativa y libremente, sus altísimos designios, llenos de suma sabiduría y providencia, que superan con mucho cualquier inteligencia humana, los ajusta a razones para que admiren su equidad, su clemencia y —sobre todo— su misericordia. No pronuncia, en efecto, su sentencia de castigo contra Sodoma y Gomorra, ni la confirma y aprueba en toda su integridad, sin comunicarla antes a Abraham, su adorador (cf. Gén 18,17-32): **Y el Señor se fue tan pronto como acabó de hablar con Abraham; y éste volvió a su lugar** (Gén 18,33). También aquella catástrofe y exterminio general de todos los animales y hombres, de la que sobrevivieron unos pocos, con los que se pudiera asegurar la descendencia, pone de manifiesto que todo lo que sucede bajo el cielo sucede por su voluntad, providencia, conocimiento y permiso, y que nada debe atribuirse a casualidad alguna o al desarrollo general o particular de las cosas. He aquí —dice— que **Haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches, y borraré de la faz de la tierra a todo ser viviente que he creado** (Gén 7,4). Pero, de tal modo modera Él mismo aquella majestad y autoridad suya, con la que está escrito que habita en las alturas, que, complaciéndose también con el nombre de la amistad y familiaridad, por propia iniciativa, se presenta cercano, bondadoso y amigo de los hombres sencillos y piadosos: **Yo soy, dice, el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob** (Éx 3,6); mas, para los impíos, impuros y profanos se torna sumamente grave y terrible, y no permite que los temerarios o curiosos traspasen impunemente el límite prescrito a los mortales en el deseo de Él y de sus cosas; pero a los sencillos y piadosos, según es la capacidad de los hombres, se les manifiesta a sí mismo: **Guardaos de subir al monte o tocar su límite; cualquiera que toque el monte, ciertamente morirá [...], sea animal o sea hombre** (Éx 19,12-13). Y, **Subirás tú, y Aarón contigo: mas los sacerdotes y el pueblo no traspasen los términos y no suban al Señor, no sea que les dé muerte** (Éx 19,24). También suele vengar con dureza la autoridad y majestad de su nombre y de su gloria, cuando aquellos que le conocen se acercan a los dioses falsos o vanos o creen en ellos: **No adorarás, dice, a un Dios extraño: Dios, cuyo nombre es Celoso, es un Dios celoso** (Éx 34,14).

Él mismo se preocupa sabia y convenientemente de todos los mortales, de manera particular de aquellos que le adoran con pureza y santidad: **No quiso tu Señor escuchar a Balaán, y convirtió su maldición en bendición tuya, porque te ama** (Dt 23,5); **Tu Dios está en medio de ti, Dios grande y terrible; él expulsará estas naciones en tu presencia poco a poco y por partes; no podrás exterminarlas de inmediato, no sea que las bestias del campo se multipliquen contra ti** (Dt 7,21-22). Pero se preocupa no sólo por las cosas de esta vida mortal, sino mucho más por las de la otra, vida eterna y de felicidad plena, de la cual también Él es autor: **Al cielo y a la tierra pongo hoy como testigos contra vosotros de que he puesto ante ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida para que vivas, tú y tu descendencia; y ama al Señor, tu Dios, y obedece su voz, y adhírete a él, pues él mismo es tu vida y la largueza de tus días** (Dt 30,19-20). Y, como sus infinitos y sumos beneficios en favor de los hombres son evidentes, es su voluntad que nada puede quebrantarse por olvido o negligencia ni recibirse con ánimo ingrato: **Acuérdate de que fuiste esclavo en Egipto y**

que de allí te rescató el Señor, tu Dios; por eso yo te mando que hagas esto: cuando siegues tu mies en tu campo, etc.(Dt 24,18-19) . Finalmente, de tan grande divinidad no sólo la naturaleza racional, ángel u hombre, experimentan su poder, sino que también todas las cosas mudas e inanimadas escuchan sus palabras y retienen con toda fidelidad los preceptos a cada uno dados y por cada uno escuchados: «**He aquí, esta piedra será testigo contra nosotros; ella ha escuchado todas las palabras que el Señor nos ha hablado; será, pues, testigo contra vosotros, no sea que neguéis a vuestro Dios** (Jos 24,27).

## INTERPRETACIÓN DE LOS NOMBRES ARCANOS

### CAPÍTULO 2.º

[יְהוָה]<sup>1</sup>

Los escritores sagrados usan muchos nombres, o mejor, sobrenombres de Dios, tomados más de su forma de obrar que del conocimiento de su naturaleza. Entre ellos —si alguno puede decirse que penetra en el significado del nombre— parece que haya de hablarse muy particularmente de aquel que, de manera extraordinaria, Él mismo pronunció y que aparece con muchísima frecuencia en los libros sagrados. Mediante él se separa a sí mismo de las restantes naturalezas de las cosas, que falsamente son adoradas como si fueran dioses, y que son criaturas que Él mismo ha hecho. En efecto, aunque algunos otros sobrenombres comparte Dios con los ángeles y con los hombres, hay uno sublime, compuesto de cuatro elementos, que lo exige sólo para sí. Su pronunciación, hasta el presente, a partir de los libros sagrados, resulta desconocida, en cuanto que no aparece escrito con las vocales o puntos, con los que debe pronunciarse.

Este nombre sublime y santísimo, que ha de ser respetado por los hombres con conciencia religiosa suma, es יְהוָה. En su lugar, unas veces decimos ADONAI, y otras, ELOHIM, según que se lea con los puntos correspondientes a uno de estos dos nombres: יְהוָה o יְהוָה; pues, cuando está solo, lleva las vocales *shewa*, *holem* y *qames*; pero, cuando se une al prenombre Adonai, admite las vocales *jatef-seghol*, *holem* y *jireq*<sup>2</sup>. Los nuestros, desconociendo esta razón, pronuncian IEHOVAH, aun cuando esta pronunciación no sea ni exclusiva ni inalterable debido a la presencia de vocales ajenas. En efecto, a veces se debe pronunciar IEHOVIH. Pero si, por razón de algunos otros nombres similares, es posible fijar una pronunciación cierta, debe decirse IEHVEH, y considero que así pronunciaban los antiguos, tanto los israelitas como los hombres de otras naciones, que llegaron a tener noticias de este nombre y del mismo Dios. De dicha pronunciación daremos razón, si Dios lo quiere, a su momento<sup>3</sup>. La construcción de este nombre, que, por ser tan excelsa y arcana, más se debe venerar que explicar<sup>4</sup>, no obstante, en lo que nosotros, por nuestra observación constante, alcanzamos a comprender, hace relación a la constancia y firmeza de una naturaleza y de una misericordia que se ofrece y se manifiesta, de

<sup>1</sup>[No aparece así en el texto latino].

<sup>2</sup>[Cf., por ejemplo, Gén 15,2.18; 2Sam 7,18.19.20.28; Is 3,15; 7,7; 10,23, etc.: אֲדֹנָי יְהוָה].

<sup>3</sup>[Cf. B. ARIAS MONTANO, *Liber Generationis et Regenerationis Adam, sive De Historia Generis Humani. Operis Magni pars prima, id est, Anima*, Antuerpiae MDXCIII, pág. 14; *Naturae Historiae. Prima in magni operis pars*, Antuerpiae MDCLXI, pág. 38. Las observaciones de Arias Montano sobre los nombres de Dios, en general, son aceptadas plenamente por la exégesis moderna].

<sup>4</sup>[De hecho, la explicación del nombre de Jahweh sigue siendo un problema si resolver. Véase, por ejemplo, E. JACOB, *Teología del Antiguo Testamento*, Marova, Madrid 1969, págs. 51-58, con amplia bibliografía].

manera que indica a Dios en su naturaleza, que es eterna y absolutamente inalterable, ajena a todo cambio y mutación, pero perpetuamente misericordiosa, y, para manifestar la misericordia y ofrecer la salvación, inagotable e infinita en la voluntad y en la acción. Moisés, aleccionado por la experiencia, por la observación y por la indicación del mismo Dios, ha dejado esta cuestión a la posteridad para que sea constantemente meditada. Leemos que a él, en la medida en que la capacidad humana podía soportar, le fue indicado y revelado el sentido de este nombre: **He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros; si ellos me preguntan: ¿cuál es su nombre?, ¿qué les respondo?; dijo Dios a Moisés: אֱלֹהֵי אֲשֶׁר אֱהְיֶה<sup>5</sup>; y añadió: así dirás a los hijos de Israel: SERÉ<sup>6</sup> me envía a vosotros (Éx 3,13-14). Y, en otro lugar: Yo soy —dice— el Señor, que me aparecí a Abrahán, Isaac y Jacob como Dios todopoderoso, y mi nombre יהוה<sup>7</sup> nos les di a conocer (Éx 6,3).**

Pero tampoco al propio Moisés le reveló cuál fuera el significado de este nombre según su aspecto formal, sino las notas que se siguen de su manera de actuar, aquellas que proclamó el profeta, al sentirse arrebatado por su grandeza: יהוה יהוה<sup>8</sup>, **Dios compasivo y clemente, lento a la ira y rico en misericordia y verdad, que conservas misericordia por mil generaciones, que perdonas la iniquidad, la rebelión y el pecado; pero nadie por sí es inocente ante ti; que castigas la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación (Éx 34,6-7).**

Toda esta grandeza de misterios se encierra en el nombre de יהוה. Aunque explicar su esencia no depende ni mucho menos de las posibilidades de nuestro saber, con todo, por lo que observamos sobre su empleo, lo ponemos siempre y en relación constante con la bondad y la misericordia. Este nombre, en efecto, cuando en la oración se usa sin calificación alguna, convendrá traducirlo por Dios, tal como se conoce en los auspicios, oráculos, promesas y gracias que se refieren principalmente a la salvación y bienestar de Israel<sup>9</sup>: **El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?; el Señor es el protector de mi vida, ¿de qué temblaré?(Sal 26,1); El Señor es la parte de mi heredad y mi copa (Sal 15,5); Porque tú, Señor, de manera singular, me constituiste en esperanza (Sal 4,10); Apíadate de mí, Señor, según tu gran misericordia (Sal 50,3).** E innumerables otros lugares que, referidos a esta razón, tienen una interpretación segura.

## אל

Pero el Dios que, por la invariabilidad de su naturaleza misericordiosa, es llamado יהוה, por la excelencia de su fuerza y poder sin límites, recibe el nombre de אל, hecho éste que, para explicar muchos pasajes, a partir de algunos totalmente seguros y muy conocidos, ha valido la pena observar; y, para que este dato quede puesto mejor de relieve mediante la comparación, con el nombre אל, los escritores sagrados atribuyen a Dios aquel poder y fuerza que niegan al hombre, a quien llaman Adán. Así, Isaías, cuando trata de la fortaleza humana comparada con la divina: **Egipto —dice— es hombre y no Dios (Is 31,3), ADAN, y no EL<sup>10</sup>.** Y en Oseas, Dios mismo dice: **No ejecutaré el furor de mi ira; no volveré a**

<sup>5</sup>[Escribimos las consonantes hebreas, tal como aparecen en el texto latino, sin la puntuación masorética, que sería la siguiente: אֱלֹהֵי אֲשֶׁר אֱהְיֶה].

<sup>6</sup>[Ero en el texto latino].

<sup>7</sup>[Así en el texto latino].

<sup>8</sup>[Así en el texto latino, con *daghés* en la última ה].

<sup>9</sup>[Los LXX traducen siempre יהוה por κύριος, mientras que los latinos lo hacen por *Dominus*. En español debería traducirse siempre por *Señor*].

<sup>10</sup>[Hebr. אָדָם וְלֹא־אֱלֹהִים, *hombre y no 'El*].

**destruir a Efraín; porque yo soy Dios y no hombre<sup>11</sup>, el Santo en medio de ti, y no entraré en la ciudad** (Os 11,9). A este mismo Dios se dirigía Abrahán con el sobrenombre de Altísimo: **Alzo mi mano al Dios Altísimo<sup>12</sup>, poseedor del cielo y de la tierra**, etc. (Gén 14,22). Esto permite establecer que es uso corriente en la lengua hebrea que, cuando se quiere significar la facultad y el poder plenos que alguien tiene para realizar algo, se use este nombre unido al término mano; así, Labán se jactaba ante su yerno Jacob de tener potestad plena para hacerle daño, si no fuera porque Dios, en otro momento, se lo hubiera prohibido (cf. Gén 31,24): *es mi mano* —dice— לֵאֱלֹהִים *para hacerte daño*, etc.(cf. Gén 31,29). Está escrito que a este nombre Jacob le había consagrado un altar, por haberse librado de muchos y enormes peligros: **Y levantado allí un altar, invocó sobre él לֵאֱלֹהִים de Israel** (Gén 33,20). Nuestro intérprete ha traducido aquí por el *Dios fortísimo de Israel*<sup>13</sup>. Pero este nombre, en realidad, distingue la verdadera naturaleza de Dios del género mendaz y falso de las vacías deidades, o sea, la fortaleza, el poder y la eficacia, de la debilidad, de la inopia y de la carencia: **Ellos me provocaron con lo que no era EL<sup>14</sup>; me indignaron con sus vanidades** (Dt 32,21).

### שדִי

Unido al nombre אֱלֹהִים, cuya interpretación ya hemos ofrecido, leemos frecuentemente שדִי, sobrenombre que, con significado y forma de sobrenombre adjetival, viene a significar el poder y la fuerza con los que Dios actúa. Como su forma indica, se trata de un nombre compuesto de dos partes: del pronombre relativo שֶׁ, y de דִי, término que traducimos por suficiencia, riqueza, poder, abundancia, pues todas estas cosas se nombran con esta palabra, y todas ellas, por consiguiente, explican el nombre en su totalidad: unas veces, suficiencia; otras, riqueza; otras, abundancia, plenitud... Y, así, unido al nombre anterior, además de la fuerza y el poder que Dios, como Señor y Creador, exige para sí, confirma en Él la permanente, manifiesta y abundante riqueza y suficiencia de todas las cosas. En efecto, la capacidad natural de obrar mediante el pensamiento y la razón es ciertamente separable de la suficiencia y la abundancia, en cuanto que éstas hacen referencia a la materia y a los instrumentos, y aquellas, a la forma. El poder que, por la destreza en un arte, tiene, por ejemplo, un artesano puede existir, a veces, sin la facultad de obrar, aun cuando la facultad parezca exigir la materia sobre la que versa el arte y solicitar también los instrumentos idóneos para la obra. Así, pues, como según parece estas cosas están separadas de la razón y la observación y se considera que una parte es inherente al artista mismo y la otra hay que pedirla desde fuera, sin embargo, en la naturaleza simplicísima e inmensa de Dios están verdaderamente unidas y no son separables. Pues Dios, poseyendo siempre en sí mismo un poder y facultad plenos para desplegar su poder, no tiene necesidad de ninguna materia anterior a las cosas que acaban de ser producidas, ni necesita del auxilio de ningún instrumento para realizar su obra. Sino que «dijo» y «fueron hechas»; «ordenó» y «fueron creadas». Y, por la palabra de Dios, se afianzaron los cielos; y, por el aliento de su boca, toda su virtud. Y, por lo demás, también en esto se diferencia de cualquier otro poder natural o facultad artística, en que, más allá de su infinita perfección para hacer y completar todas las cosas, posee en sí un poder sumo que no necesita de instrumento alguno; o, para hablar, más rectamente: Él es la fuerza y el poder, la facultad y la eficiencia en grado sumo. Entendemos por «sumo», cuando hablamos de Dios, aquello que, con otras palabras, decimos que es inmenso, inagotable, infinito. Pero, aunque este nombre se refiera siempre a la facultad divina de obrar, sin embargo, en algunas pocas ocasiones, los autores sagrados lo usan con el significado de alegría y felicidad. En efecto, los ejemplos

<sup>11</sup>[Hebr., אֱלֹהִים אֲנִי וְלֹא אִישׁ, *porque 'El soy y no hombre*].

<sup>12</sup>[Hebr., אֱלֹהֵי יְהוָה אֱלֹהֵי עֵלְיוֹן, *a Jahweh, 'El 'Elyon*].

<sup>13</sup>Fortísimo Dios de Israel.

<sup>14</sup>[Hebr., הֵם קִנְאוּנִי בְלֹא אֱלֹהִים, *ellos me provocaron con no 'El*].

de esta clase de oraciones no se ponen tanto en función de una fuerza o facultad de venganza o animadversión, cuanto de cuidado y provisión de riqueza: **Yo soy el Señor todopoderoso<sup>15</sup>; camina delante de mí y sé perfecto..., y te multiplicaré en gran manera**(Gén 17,1-2); **El Dios Todopoderoso te bendiga, te haga fecundo y te multiplique, para que llegues a ser multitud de pueblos** (Gén 28,3); **El Dios Todopoderoso se me apareció en Luz, en la tierra de Canaán; me bendijo**(Gén 48,3). Por su parte, el oráculo a Balaán enseña claramente que este nombre, SADAI, se refiere a la felicidad, puesto que todas aquellas cosas futuras, alegres y gozosas, que él cantó referentes al pueblo de Israel, por el Dios SADAI le fueron sugeridas: **Oráculo del que escucha las palabras de Dios, del que ve la visión del Todopoderoso: ¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob; tus moradas, oh Israel!**(Núm 24,4-5).

### אלהים

Hay otro nombre, común a Dios y a otras naturalezas en razón de la actividad realizada, que es el primero que se pronuncia y se conoce en los libros sagrados: en hebreo se dice *Elohim*, título investido, ciertamente, de un muy profundo y grande poder. Bajo esta voz subyace la cualidad y disposición permanentes de obrar, gobernar, regir, conducir y juzgar. En efecto, cuando al principio se habla de la creación del mundo y de todas las cosas, la primera noticia de un Dios creador se abre con este nombre: **En el principio creó Dios los cielos y la tierra** (Gén 1,1). Y, después, en la medida en que van apareciendo todas las demás cosas creadas, se emplea constantemente el mismo nombre: *y vio Elohim que era bueno, e hizo Elohim*, etc. Y, al sobrevenir el diluvio por decisión divina, para purificar la tierra contaminada por los crímenes de los hombres, fue el poder de este nombre quien pronunció la sentencia: **Dijo Dios a Noé: he decidido poner fin a toda carne, porque la tierra está llena de violencia por causa de ellos; y he aquí, voy a destruirlos juntamente con la tierra** (Gén 6,13). Más tarde, cuando la tierra y los hombres volvieron a su estado anterior, la salvación vino también por auspicio de este nombre: **Y se acordó Dios de Noé y de todas las bestias y de todo el ganado que estaban con él en el arca**, etc.(Gén 8,1). Si se analiza cada uno de estos pasajes, se podrá ver que el título *Elohim* significa aquella fuerza, autoridad y eficacia que indicamos nosotros con los términos latinos *conditor, rector, gubernator, iudex, princeps*, etc., y otros significados parecidos; cosas todas éstas que se refieren al provecho común, y, aunque compartidas con otros seres angélicos o humanos, Dios las posee, sin embargo, como propias, eternas y perfectísimas. Como está escrito: **El Dios de dioses, el Señor, ha hablado; ha convocado a la tierra** (Sal 50,1), es decir, el más poderoso de todos. Y en otro lugar: **Dios está de pie en la asamblea divina; en medio Dios juzga** (Sal 82,1); y, con la autoridad y poder de este nombre, no sólo en Israel y entre los que, por alguna gracia particular, hayan sido instruidos en las cosas divinas, sino en todos los rincones del orbe, escrito está que Dios no sólo gobierna, sino que es también conocido: **Porque el rey de toda la tierra es Elohim, salmodiad con sabiduría; Elohim reina sobre las naciones; Elohim se sienta en su sede santa** (Sal 47,8-9). Y que Dios sea conocido con este nombre, tanto por los que han recibido una instrucción particular, como por los que, a partir solamente de la contemplación de la naturaleza y del estudio y observación de las cosas, establecieron las normas de su vida y de su religión, es algo de lo que se tiene constancia por testimonios a una y otra parte referidos. Está escrito, en efecto, que Abimelec, rey de Guerar, fue recriminado por Dios a causa de Sara, la mujer de Abrahán (cf.Gén 20,3); y de Abrahán dijo Dios: **He conocido que temes a Dios** (Gén 22,12). Y también los heteos, concedores asimismo de este discurso, dieron el siguiente testimonio sobre Abrahán: **Óyenos, señor: príncipe de Dios eres entre nosotros** (Gén 23,6). De manera que, aunque concedemos que, acaso en otro tiempo, Dios no era conocido por todas las gentes con aquel nombre supremo y exclusivo, afirmamos, sin embargo, que, por el poder y majestad de este título, de nadie tuvo que ser desconocido. Pues está escrito: **Conforme a tu nombre, oh Dios, así es tu alabanza hasta los confines**

<sup>15</sup>[Hebr. אֱלֹהִים אֲנִי, yo soy 'El Šhadday. Grg. ha traducido ἐγώ εἰμι ὁ θεός σου. Por su parte, Vlg. lee *Deus omnipotens*. El significado exacto de este nombre sigue siendo incierto].

**de la tierra; tu diestra está llena de justicia** (Sal 48,11). Hasta tal punto que cualquiera que negara que la naturaleza que con este nombre se significa gobierna el mundo, éste, por su depravado y monstruoso pensamiento —semejante al de los brutos— sea considerado impío e ignorante en grado sumo. **Dijo el estulto en su corazón: ‘no hay Dios’** (Sal 14,1). Más de dos mil cuarenta lugares hemos contado en el Antiguo Testamento, que no podrían comprenderse fácilmente sin la explicación de este nombre. Una parte de ellos la indicamos en nuestros comentarios.

### צבאות

Queda, además, para seguir exponiendo lo que esta lengua enseña sobre las cosas divinas, aquel título que Ana (cf. 1Sam 1,11), la madre de Samuel, unió por vez primera al nombre supremo de יהוה —usado, después, con muchísima frecuencia por casi todos los profetas—, es decir, צבאות, que significa el poder divino e indica los ejércitos poderosísimos, mediante los cuales cualquier cosa que se quiera realizar podrá llevarse a cabo con toda facilidad. Al pronunciarse este nombre, se previene a los oyentes de que nadie hay que pueda impedir o escapar del poder divino. En efecto, a una orden suya, Dios puede poner en movimiento no uno sólo, sino muchísimos y poderosísimos ejércitos. Los profetas y otros autores sagrados utilizan principalmente esta expresión, cuando hablan del juicio divino, del castigo y de la venganza de crímenes e delitos. Y hay que añadir a esto que Dios se nombra a sí mismo con la adición «de los ejércitos», cuando sus palabras van dirigidas a los príncipes, a los jefes, a los hombres arrogantes y ensoberbecidos por el poder, y a los pueblos contumaces. Así en Isaías: **Esto dice el Señor Dios de los Ejércitos, el Fuerte de Israel: ¡ah!, tomaré satisfacción de mis adversarios y me vengaré de mis enemigos** (Is 1,24). Pero tiene Dios distintas y adiestradísimas clases de ejércitos; pues, además de los ejércitos de los ángeles y espíritus, de los que se hace mención frecuentísima en los libros sagrados, suele también hacer que se levanten y se pongan en movimiento, para realizar acciones privadas o públicas, las milicias del cielo<sup>16</sup>, los poderes de los astros y de las estrellas. Como está escrito: **El que cuenta el número de las estrellas, llamándolas a todas por su nombre** (Sal 147,4). Pero tres ejércitos salen de ordinario para vengar los crímenes públicos: la espada, el hambre y la peste; como está escrito: **Pero preservaré a algunos de ellos de la espada, del hambre y de la peste** (Ez 12,16). Dios acostumbra a usar la espada<sup>17</sup>, sirviéndose de hombres armados; pero muchos son los ejércitos que acarrear el hambre<sup>18</sup>. La langosta es uno de ellos y Dios mismo es quien las conduce; como está escrito: **El Señor da su voz delante de su ejército, porque es inmenso su campamento, porque poderoso es el que ejecuta su palabra** (Jl 2,11). De esto ya hemos escrito suficientemente en otro lugar. Existen también otros innumerables ejércitos invisibles, y jefes de los ejércitos, dispuestos a ejecutar las órdenes divinas. Entre ellos, el profeta Miqueas, en su visión, cita la naturaleza eficazísima y muy excelente del espíritu, es decir, del viento y de la vaciedad, para confundir a los príncipes y a los reyes y perder a los pueblos: **Vi a Dios sentado en su trono y a todo su ejército colocado junto a él, a su derecha y a su izquierda; y dijo el Señor: ¿quién engañará a Ajab, rey de Israel, para que suba y caiga en Ramot de Galaad?; y, como cada uno dijera una cosa, se adelantó el espíritu<sup>19</sup> y se puso en pie delante de Dios, y dijo: yo lo engañaré; le preguntó el Señor: ¿como lo engañarás?; y respondió: iré y me haré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas, etc.**(2Crón 18,18-21). Así, pues, con la expresión «Dios de los ejércitos», se significa la fortaleza, el poder y la facultad sin medida de obrar, sobre todo, de castigar, los delitos y los crímenes. Y esto no es algo que se aprecia sólo en los profetas y escritores

<sup>16</sup>Ejército de Dios.

<sup>17</sup>Espada.

<sup>18</sup>Hambre.

<sup>19</sup>[Hebr. הַרִיחַ, viento, hálito, espíritu].

antiguos, sino también en los evangelios y libros apostólicos. En efecto, con estas palabras denuncia Santiago los delitos de los ricos y poderosos: **He aquí que el salario de los obreros que segaron vuestros campos está gritando; y su clamor ha llegado al oído del Señor de los ejércitos** (Sant 5,4).

יה

Aparece también en los versos sagrados, particularmente en los celebérrimos cánticos de acción de gracias y de alabanza, el nombre de יה. Su sentido, según hemos observado, debe explicarse mediante palabras como esencia, verdad y firmeza. Por lo general, se pronuncia este nombre en aquellos pasajes, cuyo contenido expresa admiración frente a la naturaleza o manifestación de alguna gracia recibida ya por los hombres. Y así como יהיה, aquel nombre arcano —cuyo sentido ya hemos explicado— indica, principalmente, la misericordia prometida, realizada o que se va a realizar, y se revela a los hombres, como signo de la salvación y felicidad que han de venir de Dios, en modo particular a aquellos que conocen y practican la sagrada religión, de los misterios divinos y de la palabra arcana, יה se usa, sobre todo, con relación a las cosas contempladas y experimentadas en el acontecimiento mismo, y como muestra de los beneficios que han tenido lugar por voluntad divina. Conocerlo, pronunciarlo y celebrarlo no es algo que se proponga sólo a los hombres concededores de la verdadera religión o de la Escrituras Sagradas, sino a toda criatura y poder que esté sobre los cielos o por debajo de ellos: **Alabad al Señor, naciones todas; alabadle, pueblos todos; porque grande es su misericordia para con nosotros, y la verdad del Señor se mantiene por los siglos** (Sal 117,1-2); **Porque el Señor edificará a Sión y se manifestará en su gloria; escuchó la oración de los humildes y no ha despreciado sus súplicas; se escribirán estas cosas para la generación futura, y el pueblo que será creado alabaré a יה** (Sal 102,18-19); **Halelu-iah, dad gracias al Señor, porque es bueno; porque para siempre es su misericordia; ¿quién puede relatar los poderosos hechos del Señor, expresar toda su alabanza?** (Sal 106,1). Y el mismo salmo, después de narrar los beneficios divinos, se cierra con el siguiente verso: **Bendito el Señor, Dios de Israel, por los siglos de los siglos; diga todo el pueblo: amén, Halelu-iah, Halelu-iah** (Sal 106,48); **Halelu-iah, daré gracias al Señor con todo mi corazón, en la reunión y en la congregación de los rectos; grandes son las obras del Señor, buscadas por todos los que se complacen en ellas** (Sal 111,1-2); **Halelu-iah. Dichoso el hombre que teme al Señor, y en sus mandamientos se deleita en gran manera; su descendencia será poderosa en la tierra, etc.** (Sal 112,1-2). Así como el siguiente: **Halelu-iah, alabad al Señor, siervos, alabad el nombre del Señor** (Sal 113,1), con su epílogo: **Que hace habitar en casa a la mujer estéril, gozosa madre de hijos. Halelu-iah** (Sal 113,9). Del mismo modo, también los siguientes versos, de suma gravedad y colmados de misterios, deben ser explicados teniendo en cuenta el significado de este nombre: **No alabarán a IAH los muertos, ninguno de los que descienden al infierno; sino nosotros, los que vivimos, bendecimos a IAH, desde ahora y por los siglos. Halelu-iah** (Sal 115,17-18). A lo que sigue hace referencia también Halelu-iah: **Halelu-iah, alabad el nombre del Señor; alabad, siervos del Señor, los que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. Alabad a IAH, porque el Señor es bueno; cantad alabanzas a su nombre, porque es agradable; porque IAH ha escogido a Jacob para sí, a Israel para posesión suya; porque yo sé que el Señor es grande, y que nuestro Señor está sobre todos los dioses; todo cuanto el Señor quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos; él hace subir las nubes desde los extremos de la tierra, hace los relámpagos para la lluvia, saca el viento de sus depósitos, etc.** (Sal 135,1-7); y, para la explicación de otras muchas cosas que en éste o en otros salmos, himnos y cánticos de alabanza se celebran, mucha luz puede arrojar el significado de este nombre. Pero, como no podamos encontrar una traducción latina absolutamente exacta del significado del nombre יה, sí nos podríamos aproximar de alguna manera, traduciéndolo por «ens», del latín «esse», de cuya significación trataremos, si Él mismo nos lo concede, en otro lugar con más detenimiento y extensión.

## קדוש

Nos queda todavía un calificativo o sobrenombre. Su sentido, al ser amplísimo, no podemos desarrollarlo aquí por extenso. Pero, por lo menos, ofreceremos unas breves indicaciones. Lo que en hebreo se dice קדוש, en griego se dice ἅγιος, y en latín, *sanctus*. Ahora bien, que las palabras griega o latina convengan al hebreo קדוש es asunto que, si Dios quiere, discutiremos en otro momento. Ahora nos vamos a ceñir al término hebreo. Entre los hebreos, propiamente se dice que es KADOS aquello que, a causa de alguna cualidad de perfección o imperfección, se halla separado y desunido del empleo y uso ordinarios, de tal modo que se diferencia por una determinada y extraordinaria característica distintiva inherente a su naturaleza, función, empleo o uso. De esta manera, sería conveniente considerar antes la naturaleza en su significado mismo, y estimar que ésta, por la adición del término KADAS o KADOS, sobresale en su género, es superior a todas las demás que participan de su mismo género, y se antepone a ellas a causa de una determinada grandiosidad. Así, cuando se dice que Dios es santo, se lo ha de considerar separado de aquel significado común y vulgar con el que falsamente son llamados los dioses, de manera que, significando ya el nombre de Dios virtud y perfección grandísimas, la adición KADOS le atribuya la más principal y eminente y lo separe de cualquier imperfección que, de algún modo, fuese propia de las criaturas o que el pensamiento humano hubiera atribuido a los que falsamente son tenidos por dioses, pues con muchas y horrorosas deformaciones de este tipo la ignorancia de los tiempos antiguos representó a sus divinidades. De este modo, Dios, con pruebas claras y manifiestas, muestra su grandeza y poder en alguna nación o persona concreta, ya mediante los dones con que ha de agradecerles, ya mediante los juicios a los que ha de llamarles. De ello se desprende que este nombre SANCTUS suela pronunciarse a veces unido a otro nombre de persona o pueblo, como el Santo de Israel, es decir, aquel que, con claras y manifiestas pruebas, para grandeza de Israel, se mostrara al orbe como Dios verdadero, óptimo y máximo, y esto lo llevara a cabo tomándose venganza de los enemigos, ejerciendo juicio contra ellos y sus dioses, liberando, honrando y engrandeciendo a Israel: Véanse, por ejemplo, los versos siguientes: **Cuando Israel salió de Egipto, la casa de Jacob de un pueblo extranjero, Judá fue su santuario, e Israel su dominio**, etc. (Sal 114,1-2); **No hay Santo como el Señor; no hay Dios como nuestro Dios** (1Sam 2,2); **Dijeron los hombres de Bet-Semes: ¿quién puede estar en presencia del Señor, este Dios santo** (1Sam 6,20); **¿A quién has injuriado y blasfemado? ¿y contra quién has alzado la voz y levantado con altivez tus ojos? ¿contra el Santo de Israel?** (2Re 19,22). Y en el Salterio: **Alabad la memoria de su santidad** (Sal 30,5). Y este otro clarísimo ejemplo: **¡Oh Dios, en santidad es tu vida<sup>20</sup>; ¿qué Dios es grande como nuestro Dios?; tú eres el Dios que haces maravillas; manifestaste tu poder entre los pueblos; con tu brazo rescataste a tu pueblo, a los hijos de Jacob y de José** (Sal 77,14-15). Más de seiscientos lugares hay en los libros sagrados que, puestos en relación con este significado, hallarán más fácil explicación. Pero de la santidad misma de Dios, de la santidad de los hombres y de otras cosas naturales, y del significado contrario a esto, según el cual a las meretrices y a otras personas y cosas imperfectas y siniestras se les llama también santas, tendremos ocasión, Dios mediante, de hablar más detenidamente, pues lo que en este lugar nos propusimos fue tratar no tanto de las cosas mismas cuanto de su significación arcana. Por consiguiente, con la adición de este término KADOS se significa una particular y muy eminente connotación de grandeza, sea cual fuere el género de cosas o naturalezas al que dicho nombre se añada. Sea como fuere, la fuerza de esta palabra quedó expresada en latín mediante los términos *sacer* y *sacrare*. Y hasta aquí nuestras breves notas sobre las palabras y nombres más frecuentes y conocidos que se refieren a Dios. Pero no hemos pensado disertar aquí sobre las sagradas y arcanas razones de la Trinidad y demás consideraciones de la naturaleza divina, ya que ello no forma parte del plan que nos habíamos propuesto.

<sup>20</sup> *Vita tua* en el texto latino; *via tua* en la Vlg., que traduce bien el hebr. דַּרְכֵיךָ, *tu camino*, y el grg. ἡ ὁδὸς σου. Se trata, sin duda, de un error tipográfico].